por un objeto inesperado, lanzó un ladrido de angustia y de espanto para despertar á su amo. Claudio se levantó, miró hacia mí, me reconoció y dió algunos pasos para acercarse, con visible turbación. Adelantéme yo sonriendo para tranquilizarle, y cogiéndole la mano le dije:

— Ya lo veo, Claudio; conoce usted la falta que conmigo ha cometido, y teme que venga á quejarme por haber abandonado mi cantera. Tranquilícese usted, tranquilícese en medio de su familia de cabras, corderos, lagartos, abejas y perro. Todo esto es de la misma familia que nosotros. ¿No es verdad? Yo los comprendo y amo como usted. Puesto que Dios no se ha creido demasiado grande para crearlos, nosotros no debemos creernos demasiado grandes para frecuentar su compañía.

Echóse el perro, la cabra no se levantó de su sitio en la hierba, los corderos continuaron balando con la cabeza entre sus patas, las lagartijas corriendo y las abejas zumbando. Nos sentamos al sol uno en frente de otro, él en su montículo, yo en el mío, la cabeza al aire libre, los pies en la hierba de algún surco de tumba cerrada y olvidada bajo este verde sudario de musgo embalsamado de flores, y hablamos como yo deseaba.

CAPÍTULO IV

—

Yo. — Dígame usted, Claudio, ¿por qué dejó mi trabajo? ¿Ha estado usted enfermo, ó se le han roto las herramientas, ó ha encontrado la cantera demasiado áspera y las losas muy friables al martillo?

Él. — No señor, no he estado enfermo ni he roto mis herramientas; la cantera es buena y la piedra sana; no obstante, no me atrevo á decir á usted por qué me he marchado de tan mala manera, como un ladrón, sin dar las gracias, sin avisar, sin pedir mi cuenta, puesto que conozco mi falta y nunca podría encontrar razones para disculparla. Pero usted me perdonará si le he causado molestia: no era ésta mi voluntad. Al contrario, yo hubiera querido hacer á usted algún servicio si de ello era capaz; porque á su madre de usted se la quería mucho en la montaña, y en las veladas aun se habla de ella.

Yo. — Pues bien: en nombre de mi madre,

le pregunto por qué no quiere trabajar para mí. Veamos, tenga usted valor; las almas de los hombres son campanas de un mismo timbre. En lo alto ó al pie de las montañas suenan de la misma manera. Lo que es justo para usted lo será para mí. Háble me usted como hablaría á Dios. ¿Qué razón ha tenido usted para marcharse dejándome la obra sin hacer?

ÉL. — Pues bien, señor, hela aquí. Yo me he dicho : « Claudio, tú no quieres trabajar por dinero; éste es tu secreto, éste es tu ideal; nadie tiene que ver con eso, ¿no es verdad? Tú trabajas para los pobres cuando no tienen quien les haga sus obras. En este momento no hay pobres que te llamen para prestarles tus servicios; trabaja para el señor del castillo, no tomarás de él más que la comida; está bien. » Y he trabajado alegremente durante cinco días; las piedras están al borde de la cantera, puede usted verlas. Pero á pesar de esto, no me encontraba con el espíritu tranquilo al hacer la obra ; alguna cosa me reprochaba á mí mismo; no sabía qué, cuando al sexto día, desayunándome sentado sobre mi piedra, se me ocurrió de pronto una idea y me dije : « Tú haces la obra barata para esta casa que es rica : muy bien para ella y para ti que no tienes sino tu perro que mantener ; pero hay en la comarca,

en las aldeas del otro lado de la montaña, picapedreros que tienen padre, madre, mujer é hijos á quien dar casa, calentar, vestir, alimentar y criar con el importe de sus jornales. ¿Quién los emplea? los ricos. Luego si tú trabajas sin salario para los ricos, ¿quién dará trabajo á los pobres obreros de tu oficio, hijos ó padres de familia? Y si no trabajan, ¿quién alimentará á sus hijos? Creyendo obrar bien eres un ladrón del pan y de la vida de tus camaradas. » Esta idea me hirió como una piedra que me hubieran lanzado á la cabeza. Arrojé mi pedazo de pan, puse mi *pico*, *piqueta* y *cincel* en mi saco y huí de la casa como si hubiera cometido una mala acción. ¿He hecho mal, señor, en pensar en mis pobres camaradas casados? ¿No era su pan el que yo comía?

Yo. — No, Claudio, no ha hecho usted mal; razona usted con rectitud; es usted justo y yo le perdono de muy buena gana. Pero dígame usted, ¿qué es lo que ha iluminado tanto su razón y ha hecho su conciencia tan delicada, que sus deberes de justicia y de caridad hacia el prójimo le obligan en su interés hacia los demás á pensar antes en ellos que en usted?

ÉL. — No lo sé, señor; creo que es Dios el que me ha hecho así.

Yo. — ¿Ha estudiado usted en su infancia y

aprendido su religión con algún cura de las inmediaciones, pariente de su familia, ó en algún seminario, y por lo cual esas ideas sobre Dios, sobre el prójimo y sobre la perfección cristiana han quedado en el fondo de su alma para desenvolverse en prácticas de caridad?

ÉL. — No señor, no he estudiado nunca ni con un cura ni en un seminario. Mi padre y mi madre eran demasiado pobres para eso. Por otra parte, cuando yo estaba en edad de aprender, no había ni curas en las parroquias de estos alrededores ni campanas en los campanarios. No he aprendido más religión que las tres ó cuatro oraciones que mi madre sabía de memoria y que nos hacía repetir al lado de ella cuando se apagaba el fuego en nuestra cabaña. Ni siquiera sé leer ni escribir, y hago mis cuentas con pedazos de paja ó chinitas.

Yo. — Pero entonces, ¿cómo se han formado solos esos sentimientos de usted?

ÉL. — ¿Acaso se está solo, señor, cuando se tiene á Dios siempre presente, por encima de sí y delante de sí? Yo no me he sentido jamás solo en mi vida.

Yo. — Tiene usted razón. Pero ¿cómo se ha educado usted á sí mismo y se ha acostumbrado á esa presencia de Dios, que puebla para usted

el desierto, y conversa con él como con un amigo invisible?

ÉL. — No lo sé tampoco, señor; creo que es una bondad que ha tenido conmigo, viendo que estaba destinado á vivir tan alto, aquí, sin mujer, ni hijos, sin padre ni madre, el venir á visitarme con más frecuencia y más de cerca que á otros para consolarme y para impedir que me aburra de la vida.

Yo. — ¿No se fastidia usted en este retiro en medio de las nieblas, de las nieves y de los grandes vientos, del silencio y de la soledad?

ÉL. — ¡Oh! no señor; nunca me fastidio. ¿Puede uno fastidiarse en la compañía de aquel que lo sabe todo, que lo dice todo, que escucha todo lo que tenemos que decirle, y que nunca se cansa de oirnos y de respondernos en el corazón?

Yo. — No; pero se necesita una gran concentración de espíritu unida á una gran elevación de alma para no distraerse en esta conversación interior con Dios, para no ensordecerse con los ruidos del mundo y verse arrastrado en una corriente de pensamientos menos elevados. En una palabra, hay que estar dotado de un sentido particular, de un sentido que es particular á todos los hombres, pero que no se desenvuelve en todos con igual medida; de un sentido más intelectual

y más divino que los demás sentidos, el sentido del infinito, el sentido de Dios mejor dicho, mi pobre Claudio. Parece que usted tiene en un grado superior este sentido de Dios, el don de los dones, la soberana inteligencia en el sabio ó en el ignorante, la soberana riqueza en el rico ó en el pobre, la soberana felicidad en el hombre feliz ó en el hombre desgraciado. Me lo figuraba al ver á usted y al oir hablar de usted el otro día. Yo parezco al mundo más instruido y más grande que usted; pero yo respeto á usted, le envidio y le admiro, y por escuchar ese sentido superior en boca de un artesano, me he dicho : « Subamos allá arriba; Dios se revela en ocasiones en las breñas; encuéntrase siempre más paz, más luz y más serenidad á medida que se separa uno de los valles en que hormiguean los hombres y se eleva á las alturas donde cesa ese ruido. »

Él. — ¡Ah, señor, está usted equivocado! yo no tengo ni una sola palabra en mi lengua. Algunas veces, bien al contrario, permanezco una semana entera sin decir nada; Dios habría hecho muy bien haciéndome mudo, porque excepto para llamar á mis cabras, á mis corderos y á mi perro por sus nombres, jamás he sentido deseos de hablar.

Yo. — Hay almas tan llenas de pensamientos y de sentimientos que no pueden divulgarlos. Acaso la de usted sea así.

Él. — ¡Oh! no lo creo, señor; no digo nada, porque nada tengo que decir. Por esto también no bajo á vivir con los demás allá abajo. Yo me digo : « ¿qué vas tú á hacer allá abajo? No sabes responder, ni aun cuando los muchachos te miran trabajar y te preguntan el nombre de tus herramientas. »

Yo. — Pero entonces ¿alguna cosa habla en usted cuando guarda ese silencio? Pues Dios ha dado á toda alma el deseo de comunicarse, el deseo de escuchar ó de responder, como ha dado al aire, al agua, á la llama, el deseo de alimentarse y de esparcirse, á menos de extinguirse ó de perecer.

Él. — Es verdad, señor; hay aquí alguno que respira, que se mueve, que corre, que bulle, que conversa sin darme cuenta, constantemente conmigo. Lo siento, lo oigo muy bien, y algunas veces le respondo con el corazón. Pero es una palabra sin voz, que se comprende sin haber ido á la escuela, y que se lee sin haber aprendido á leer en los libros. Es sorda y confusa como el ruido del agua profunda, que se oye desde aquí sin verla, en el pozo del abismo, y por consiguiente esto acompaña y consuela como una mu-

jer ó como un amigo en la noche y en el rincón del hogar. Sin esta conversación, ¿no habría yo muerto ya desde hace tantos años que...?

Detúvose Claudio y suspiró, dirigiendo involuntariamente una mirada hacia uno de aquellos montículos verdes que habían llamado mi atención á la entrada en el recinto. Comprendí que allí había un pensamiento bajo la hierba y que Claudio temía tocar á él delante de mí. No quise violentar su misterio desde el primer día, y afecté no haber notado su interrupción ni sorprendido su suspiro.

Yo. — ¿Y de qué le habla á usted ordinariamente ese murmullo que le conversa cuando está solo?

Él. — Hablamos de todo lo que veo en la tierra, señor, y allá arriba, añadió mostrando con un gesto el campo de estrellas sobre nuestras cabezas; hablamos sobre todo de él.

Yo. — ¿Quién es él?

Él. — Dios, señor.

Yo. — Pero si jamás ha ido usted á la escuela ni á la doctrina, ni le han enseñado á usted nada en su infancia, ni ha leído nada en los libros que hablan de Dios, ¿cómo sabe usted que existe un Dios solo?

Él. — ¡Ah, señor! en primer lugar, mi madre me lo dijo muchas veces y después, cuando he sido mayor, he conocido á buenas almas que me han llevado á las casas de oración en las cuales se reunen para adorarle y servirle en común, y para oir las palabras que ha encargado á los santos revelen á los hombres en su nombre. Pero aun cuando mi madre no me hubiera dicho nada de él, y aun cuando yo no hubiera oído jamás al catecismo enseñado en las parroquias, al dar la vuelta por Francia, ¿acaso no hay un catecismo en todo lo que nos rodea, que enseña á los ojos y al alma de los más ignorantes? ¿Por ventura necesita su nombre de las letras del alfabeto para ser leído? ¿Acaso su idea no entra en nuestros ojos con el primer rayo de luz, en nuestro espíritu con nuestra primera reflexión, en nuestro corazón con el primer latido? No sé como estarán hechos los demás hombres, señor, pero en cuanto á mí, no podría ver, no digo una estrella, sino una hormiga, una hoja, un grano de arena sin decirle: « ¿quién es el que te ha hecho? »

Yo. — Y se responde usted: « Dios. »

Él. — Naturalmente, señor; esto no se puede hacer por sí solo, porque antes de hacer una cosa es necesario existir; ¿no es verdad? Y antes de existir, esto no existía; luego no se puede

hacer. Esto no tiene más fin que éste. Al menos, de este modo es como yo me he explicado estas cosas; usted sabrá otras maneras más científicas para darse de ellas cuenta.

Yo. — No, todas las maneras de expresarlo coinciden con la de usted. Se puede decir con más palabras, pero no con más sentido. Efectos sin causa; una cadena inmensa que subiría y bajaría hasta el infinito, de las elevaciones á las profundidades del espacio, que llevaría mundos y mundos suspendidos en todos sentidos de sus innumerables anillos, y que no tuviera primer eslabón. He aquí los mundos sin Dios, mi pobre Claudio. Una oscuridad que no querría usted para su perro temiendo agitar el instinto de un animal, ¿no es así? Los que no ven á Dios no me han parecido nunca hombres. Son á mis ojos, seres de otra especie, nacidos para contradecir la creación; para decir no, donde la naturaleza entera dice sí; sombras intelectuales que Dios ha creado en la forma humana, para hacer resaltar mejor el esplendor de su evidencia por el absurdo general de esos seres. No me escandalizan, me entristecen; no les odio, les compadezco; son ciegos del alma; Dios les volverá la vista.

Él. — Pero ¿hay hombres como esos?

Yo. — Eso se dice; yo nunca lo he creído.

Sin embargo, ¿no ha oído usted hablar nunca de hombres que viven, cuya piel está muerta; que ni sienten el calor, ni el frío, ni el agua, ni el fuego, ni las mil impresiones del aire, que hacen tiritar ó dilatarse la piel en nosotros?

Él. — Sí, los desgraciados que se llaman *ladres* (leprosos) en nuestras montañas.

Yo. — Pues bien, puesto que hay de estos hombres que no han recibido el sentido del tacto en el exterior, hay que creer que habrá también quien no haya recibido el sentido del razonamiento y del sentimiento en el interior. Los que no vean á Dios, si existen, serán los *ladres* del espíritu.

Él. — Dios es demasiado bueno para dejarles en ese estado.

Yo. — ¿Cómo sabe usted que Dios es bueno?

Él. — Porque nosotros amamos lo que es bueno, y porque si Dios no fuera bueno, no podríamos evitar el aborrecerle. Dígame usted, señor, que lo entiende mejor que yo: ¿qué sería una creación en que la criatura no pudiera evitar el aborrecer á su creador? Sería un contrasentido. La criatura amaría por naturaleza lo bueno, y el creador, que la había hecho para subir hasta él y para amarle, sería el mal. Ve usted perfectamente que esto sería el mundo puesto del re-

vés y las ideas enredadas en la cabeza. No se detiene uno aquí ciertamente, excepto en algún momento, cuando se sufre demasiado, cuando se pierde la justicia y la esperanza en él. Pero entonces es un grito que se escapa de los labios, detrás del cual el alma corre veloz para volverle á recoger antes que le haya oído Dios.

Y luego, señor, el que es inmenso en todo ¿no es la justicia y la bondad inmensas por naturaleza? ¿Y ya que ha puesto en nosotros, que salimos de él y que no somos sino sus lejanas y oscuras imágenes, la justicia y la bondad como cosas que queremos á pesar nuestro, no es esto prueba de que él las posee en sí mismo en grado inconmesurable? ¿No es una necesidad que sea infinitamente bueno, pues que quiere ser infinitamente amado por todo lo que sale de sus manos. He aquí, al menos, lo que yo me digo algunas veces, cuando la vida es dura y estoy triste. Pero no tengo con frecuencia necesidad de razonar así; le veo muy bien, le siento perfectamente bien, le toco, sí, me atrevo á decir, demasiado cerca en mi corazón, para hacerle el ultraje y la ingratitud de creerle malo. Piense usted un poco, señor, lo que sería, si yo, vil gusano de la tierra, fuese bueno y Dios fuese malo. ¡El reflejo sería de fuego y el sol sería de

hielo! Verdaderamente me avergüenzo de algunos compañeros que me han dicho en ocasiones estas tonterías.

Yo. — De modo que siente usted en sí un amor inmenso y agradecido hacia Dios.

Él. — ¡Ah! señor, no tanto como yo quisiera, ni tanto como debiera. No tengo instrucción para comprender las perfecciones de este padre invisible y para sumergirme en las profundidades de sus bondades. Lo veo todo buenamente como una de esas piedras toscas y negras que se caldean al sol, mientras los rayos de éste caen sobre ellas. Si yo fuera uno de esos espejos que he visto brillar en el fondo de las habitaciones del castillo de usted, me enardecería por más tiempo, es decir, amaría mucho más. El amor debe ser en proporción al genio. Yo soy un pobre hombre y no puedo admirarme como un sabio.

Yo. — ¿Y cómo así?

Él. — Él me ha creado.

Yo. — ¿Pero eso no le ha costado nada?

Él. — Le ha costado desearlo. ¡Desearlo Dios, señor! ¿Hemos pensado nunca en esto? En cuanto á mí, he reflexionado en ello á menudo y me vuelvo orgulloso como un dios en mi humildad y grande como el mundo en mi pequeñez.

¡Una idea de Dios! Pero esto vale tanto como si me hubiera dado todo el universo. Porque, en fin, señor, aunque soy muy poca cosa, para crearme ha necesitado primero pensar en mi, que no existía aún; que me viese de lejos, que me diese á luz, que me reservase mi pequeño espacio, mi pequeño momento, mi pequeño peso, mi pequeño papel, mi nacimiento, mi vida, mi muerte, y lo conozco señor, mi inmortalidad. ¡Qué! ¿No es nada esto, señor? ¿Haber ocupado el pensamiento de Dios y haberle ocupado bastante para que se dignase crearnos?... ¡Ah! Lo repito, nada como esto, señor, nada como esto; cuando pienso en ello me confundo en el amor de Dios.

Detúvose como fatigado de entusiasmo y descansó la cabeza entre sus dos grandes manos para reflexionar. Sus ojos estaban húmedos cuando los abrió. Yo mismo estaba confundido escuchándole, viendo que un pensamiento fuerte y justo, aunque tan sencillo, daba expresiones á un ignorante, que yo, hombre de palabra ejercitada, habría tenido gran trabajo en encontrar más expresivas y conmovedoras.

Yo. — ¿Pero qué idea tiene usted de ese Dios que ama tanto, mi pobre Claudio?

Él. — ¡Ah, señor! pienso en él, pienso en

él y pienso desde que estoy en el mundo, y nunca he podido satisfacerme con la menor sombra de idea. Mi débil imaginación se ha ensanchado en mi cabeza, como queriendo quebrar las murallas de mi frente para salir de su prisión y para extenderse en la medida de los mundos enteros, pero á nada he arrivado. Todo esto no mide ni un grano de polvo de su grandeza, ni un minuto de su duración, ni una gota de agua del mar de sus perfecciones; pesa como cien mil montañas de este granito sobre el ala de uno de esos mosquitos; da vértigo al alma de un pobre hombre; lo daría á las almas reunidas de todas las criaturas que han vivido, que viven ó que vivirán en la eternidad.

No hay que pensar solamente en formarse una idea, señor. Una idea de Dios; si la tuviéramos seríamos Dios mismo. Una imagen, no digo que no; yo me he formado algunas veces millares de imágenes, tan pronto unas como otras, que me contentan durante un pequeño momento y que me consuelan el alma como una tabla que alivia por un instante á un hombre que se ahoga en el Océano; pero esto no sostiene largo tiempo, se hunde como todo lo demás y el alma se ahoga eternamente en esta contemplación.

Yo. — ¿Y qué imágenes se le presentan á usted con más frecuencia, Claudio?

Él. — ¡Bah! señor, más fácilmente se contarían los granos de polvo que mi martillo hace saltar, durante todo un día de verano, de la piedra, y que el viento me lanza hacia los ojos. Unas veces le veo, como un cielo sin fin, sembrado de ojos por todas partes, que envuelve los mundos y que ensanchándose á proporción que se le mira más, parece constantemente vacío, aunque siempre lleno. Otras veces, le veo como un mar sin orillas, de donde salen una infinidad de islas y tierras. En ocasiones, como un gigante que se carga montañas, mares, soles, mundos amontonados unos sobre otros y que no siente su peso. Ora como un cuadrante marcado con cifras de soles en el cielo y cuya manecilla sin fin se prolonga, se prolonga, se prolonga siempre en vano hacia los extremos de este cuadrante sin encontrarlos jamás. Á veces le veo, como un ojo infinito, como usted dice, abierto más ancho que el cielo sobre sus obras, que mira ensanchándose para abarcarlas á medida que las crea. Otras, como una mano desmesurada que nos lleva á todos y que nos aproxima á su mirada para alumbrarnos, y á su aliento para calentarnos. Otras, como un corazón que late en todas sus obras desde la más

grande hasta la más pequeña. En fin, ¿qué diré á usted, señor? Aun cuando yo contase estas tonterías de la ignorancia de un pobre hombre hasta el fin de nuestras vidas, serían siempre, no serían más que tonterías como la sombra del ala de un pájaro en el sol, como el fuego de los gusanos de luz en la noche. Esto no es decir nada, lo siento como usted. Así no me detengo en ello más que un minuto. No hay más que una cosa que me contenta un poco, y es tan tonta, que no me atrevo á decírsela á usted.

Yo. — Continúe usted, mi pobre Claudio, no tenemos más talento unos que otros ante lo imposible de concebir y ante lo imposible de expresar.

Él. — Pues bien, señor, diré á usted. Me acuesto en verano á medio día, en la hierba ó en la arena, de espaldas, con los ojos á medio cerrar, vueltos hacia los rayos que caen del cielo sobre mi rostro; y me bañan así los ojos y como el alma, al través de los párpados, con su deslumbramiento de rayos rosados como las hojas del agabanzo. Este deslumbramiento corre, ilumina, calienta hasta el fondo del corazón, como si se estuviera sumergido en un lago de luz que penetrase en los miembros, en las venas y hasta en el espíritu. Entonces, señor, me figuro que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO